

Otra política es posible

El Reino Unido estará fuera de Europa, pero menu-
da lección nos acaba de dar a los europeos. Frente
a la política patológica, el resultado británico nos
devuelve a la política del sentido común; frente a
los partidos tan inclinados a autoafirmarse a par-
tir de la demonización del adversario, el triunfo de los la-
boristas consiguió su gran resultado volviendo a los orige-
nes, afirmando y divulgando su programa y reivindicando
la labor sorda, pero eficaz, de volver al activismo a ras de
suelo, *bottom-up*; frente a los egos superlativos de políticos
como Johnson o Macron —o Biden, sí—, la compostura y el
perfil bajo de un Starmer de quien se decía que le faltaba
un hervor. Política modesta frente a la política del espec-
táculo y el *spin*. En ese sentido Starmer es la antítesis de
Blair. Se dirá que los conservadores se lo pusieron fácil con
su ineficacia y su arrogancia de Oxbridge, pero seguro que
denota también un cansancio ciudadano hacia la política
de las *celebrities* y el *marketing*. La crisis de la democracia
no viene tanto de la amenaza de la extrema derecha, cuan-
to de la pérdida de confianza de los ciudadanos en su clase

política, en sus presti-
digitaciones retóricas
y promesas huecas. Es
una crisis de represen-
tación, de ruptura de la
ciudadanía con sus di-
rigentes y su maquina-
ria de seducción masi-
va, que ha devenido en
pura rutina y, por tanto,
en ineficaz.

Añádanle a ello, su
caída en el lenguaje
bélico o, como dice Mi-
chael Walzer, y esto es
peor, en el lenguaje re-
ligioso —“el culto a la
personalidad, los dog-
mas sectarios, el en-
cantamiento ritual de
la línea de partido, la
búsqueda de herejes,
la pretensión mesiáni-
ca”—. Este es otro tic ili-



Salvador Illa celebraba su victoria el
12 de mayo en Barcelona. M. MINOCRI

beral porque permite que al adversario o al disidente se lo
convierta en infiel o en apóstata y se moralice todo, otro de
los efectos de la retórica populista sobre la política normal.
Creo que en este triunfo del laborismo hay que ver un re-
torno a otra política, más pendiente de los problemas de la
gente que de alharacas salidas de la chistera de los expertos
en comunicación. Habrá que observarlo a partir de ahora.

Traigo esto a colación porque su contraste con nuestra
política no puede ser más palpable. Para empezar, solo te-
nemos un líder similar a Starmer, Salvador Illa, arrinco-
nado ahora tras su éxito por, de un lado, los efluvios dog-
máticos nacionalistas, y, de otro, por las necesidades de
gobernabilidad de La Moncloa; es decir, por la metafísica
y los imperativos del poder, aunque a veces sean difíciles
de distinguir. En el PP solo se me ocurre Moreno Bonilla,
y quizá por eso mismo recibe menos atención mediática
que Ayuso y tiende a ser eclipsado por su propio partido.
Por otra parte, nuestros partidos se han convertido casi ex-
clusivamente en máquinas de movilización electoral per-
manente, más ocupadas en llamar a la guerra santa frente
al contrario que en decir en qué consiste su doctrina. El
poder como fin en sí mismo, no el poder “para hacer al-
go” y explicar cómo van a hacerlo. Con todo, lo que me re-
sulta más insoportable es su afán por infantilizarnos, por
tratar de imprimir en nuestras mentes la visión de la rea-
lidad que interesa a cada cual en cada momento concre-
to, como si no fuéramos adultos con capacidad cognitiva
autónoma. Toda esa ristra de argumentarios, enmarques
y *storytelling* que les tenemos que comprar para ser con-
siderados fieles devotos de la causa. Marcan el perímetro
a partir del cual se desvanece el espíritu crítico, el cuándo
comienza a caerse en la herejía. Ignoran que el ejercicio
más digno de la libertad no consiste en seguir consignas o
aceptar realidades impostadas, sino en permitirse el lujo
de ponerlas en cuestión.